

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
FACULTAD DE ESTUDIOS GENERALES
DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES

¿Por qué estudiar las Humanidades?

Por: José Emilio González

Nos reunimos hoy, por primera vez, en este Anfiteatro de Estudios Generales, para comenzar una serie de conferencias a las cuales todos ustedes deben asistir, como parte de su labor en el curso de Humanidades. Quiero darles, por ello, la más cordial bienvenida, bienvenida a este curso donde pasaremos juntos tantos días, bienvenida a nuestro Departamento de Humanidades, donde los profesores y el Director están a sus órdenes, y, en cierta medida también, bienvenida a nuestra Facultad. Empecemos alegremente nuestras tareas y que el júbilo del esfuerzo nos acompañe siempre.

Ustedes vienen de distintos pueblos --algunos, de los campos de Puerto Rico--, otros de las ciudades, incluso San Juan, y en estos primeros contactos con la Universidad, con la Facultad de Estudios Generales y con nuestro Departamento, muchas cosas les van a parecer seguramente muy extrañas. Me imagino que entre esas cosas, el mundo de las humanidades no se quedará atrás en extrañeza para ustedes.

Pues van a entrar ustedes en ese mundo, donde cada perspectiva es un asombro; cada visión es una fiesta para el espíritu; cada ventana que se abre da sobre paisajes nuevos. Peregrinos por ese mundo raro, tropezarán con viejas civilizaciones, con héroes antiguos, con dioses que semejan hombres y con hombres que semejan dioses; dialogarán con figuras trágicas; verán actuar a orgullosos guerreros; contemplarán las obras de geniales artistas, de hábiles políticos; conversarán con filósofos, profetas y escritores. Admirarán el nacimiento, la plenitud y el derrumbe de vastísimos imperios. Conocerán a hombres que

*Conferencia inaugural de Humanidades 1-2, 19 de agosto de 1968.

vivieron en pequeñas ciudades-estados. Ante sus ojos atónitos emergerán las enormes catedrales, las infinitas carreteras que atraviesan continentes, el espectáculo enardecedor de las batallas, de los combates entre masas oscuras de soldados-campesinos. Vislumbrarán al monje medieval en su celda, con paciencia de hormiga, miniando manuscritos, mientras afuera el señor feudal, a la cabeza de su hueste, regresa al castillo. Oirán el entrechocar de las armas, la línea monótona del canto gregoriano, la complicada arquitectura de sonidos que es una sinfonía moderna. Tanto el individuo como la sociedad se ofrecerán a los sentidos en abigarrado despliegue. Serán ustedes testigos de la hazaña humana en el tiempo y en el espacio.

De modo que este mundo extraño de las humanidades, a fuerza de ustedes caminar por él, de recorrerlo con todas sus potencias, terminará por serles extrañamente familiar. Y es que los mundos de ese mundo --Grecia, Roma, Edad Media, Renacimiento, etc.,-- no son--están lejos de serlo --culturas muertas sin conexión alguna con nuestro presente, con la existencia de cada uno de nosotros. Para darles un ejemplo, y no de los más fáciles. Se sorprenderán ustedes de que hayan podido llegar a comprender la experiencia religiosa de los griegos, tal como la hallamos expresada en la Iliada, de Homero, o en la Antígona de Sófocles, a pesar de que los cristianos creamos en un solo Dios. El afán de poder de Agamenón, la amistad entre Aquiles y Patroclo, el patriotismo de Héctor, la inquietud paternal de Cicerón, el amor de Paolo y Francesca --para mencionar sólo algunos ejemplos --nos hablan con el lenguaje de la pasión humana. En un diálogo de Platón o en un texto de Aristóteles captarán ustedes la lucha del hombre por entenderse a sí mismo o por entender su relación con la naturaleza. Cuando Sófocles, Eurípides, Platón o Goethe se planteen los problemas de la conducta humana y de la capacidad del hombre para modificar la realidad, emergerán en la mente de ustedes todos los problemas relativos a esa técnica que hoy nos rodea y casi, yo diría, nos acosan con problemas éticos y políticos.

Esas preguntas de ustedes nos interesan muchísimo. En estos momentos, en particular, las que estoy seguro están a flor de labios de la inmensa mayoría, si no de todos: ¿Qué es eso de las humanidades? ¿Por qué tenemos que estudiarlas? Preguntas muy legítimas y ante las cuales nosotros nos sentimos obligados a intentar alguna respuesta.

Lo primero que quiero decirles sobre esa pregunta es que en ella ya está planteado uno de los problemas principales--si no el principal --que nos inquieta en este curso. Pero para intentar la respuesta a esas preguntas, me veo obligado a formularme la siguiente: ¿Qué clase de ser --o ente--es este ser, ustedes, yo--y, que entre todos los seres -- o entes--resulta ser el único capaz de preguntar, de formular preguntas, de hacerse preguntas, sobre lo que él va a hacer y sobre lo que él va a ser? Porque se cae de su peso que las cosas inanimadas, los objetos--una silla una piedra--no puedan hacerse clase alguna de pregunta. Las cosas animadas, o sea, los animales, tampoco pueden hacer preguntas o hacerse preguntas. Podemos imaginarnos una situación en que un animal se halle perplejo, pero en absoluto puede preguntar nada. Entre otras cosas, porque no posee lenguaje alguno. Pero, sobre todo, no puede preguntarse sobre sí mismo, sobre el sentido de su existencia. El burro que le da vueltas a la noria, no puede preguntarse: ¿Por qué tengo yo que dar vueltas a la noria? ¿Qué función desempeña en mi vida este dar vueltas?

Solamente nosotros, los hombres, podemos preguntar, por ejemplo: "Dígame, ¿por qué yo debo estudiar humanidades?" Y cuando ustedes formulan esa pregunta, nos están pidiendo a nosotros, a la Universidad, que justifiquemos ante las existencias de ustedes semejante pretención de que ustedes estudien humanidades, que justifiquemos por qué deben ustedes dedicar tiempo del escaso tiempo de la existencia de cada uno a este estudio. Nos están preguntando cómo eso de las humanidades se integra en la existencia de cada uno de ustedes.

Pues bien, una manera de comenzar a dar una respuesta en tan legítima inquietud es diciendo que ustedes, el que nos pregunta, es el ser que pregunta, el ser que se pregunta sobre lo que va a hacer y sobre lo que va a ser. Hay un filósofo alemán actual que ha bregado con este problema. Tal vez alguno de ustedes lo ha oído nombrar. Se llama Heidegger. Pues bien, Heidegger dice que el hombre es el ser, o ente, que se hace la pregunta sobre el ser. Heidegger sugiere que el ser del hombre es ya de por sí problemático, preguntante. Sugiere que el hombre es un ser cuyo ser consiste precisamente en preguntarse sobre lo que va él a ser. O, para decirlo, en el lenguaje del pensador español Ortega y Gasset, que el ser del hombre es un proyecto de ser.

De seguro que ustedes han quedado muy insatisfechos con esta primera tentativa de dar una respuesta. Y, característicamente, en vez de darla, yo lo que he hecho es formular una nueva pregunta. Déjenme advertirles que ésta es una peculiaridad del curso de Humanidades y también de los cursos de la Facultad de Estudios Generales. Aquí estamos siempre haciendo preguntas y analizando las contestaciones para formular nuevas interrogantes.

Es esa pregunta -- o haz de preguntas -- arrancada desde el fondo de cada uno de ustedes -- de nosotros -- lo que deseamos vaya emergiendo a la luz de la conciencia en el curso de Humanidades.

Queremos precisamente desarrollar en ustedes, una actitud problemática -- una actitud de pregunta -- frente a las circunstancias, y frente a ustedes mismos.

Si se fijan, ustedes mismos notarán que estamos rodeados de respuestas por todas partes. Lo que nuestros padres nos han enseñado, lo que la sociedad dicta, gran parte de lo que nos inculcaron en la escuela, lo que la prensa, la radio, el cine y la televisión pregonan son contestaciones, fórmulas, recetas, para hacer esto o hacer aquello, para ser aplicadas en todas las situaciones previsibles.

El ambiente nos brinda un inmenso repertorio de contestaciones, ya listas para el uso, de estereotipos, de clisés. Ahora bien, uno de los rasgos que caracterizan estas contestaciones formularias es que nos impiden pensar, nos impiden preguntarnos por qué las cosas tienen que ser así. En el curso de Humanidades y en los cursos de la Facultad de Estudios Generales aspiramos a desarrollar en ustedes una actitud crítica, una actitud problemática, frente a todas esas respuestas.

De esta suerte, aspiramos a generar un clima de libertad -- a crear en cada uno de ustedes al hombre libre -- al hombre que sabe preguntar, que sabe preguntarse, que sabe escuchar con paciencia y comprensión al otro, pero que sabe también interrogarlo y examinar críticamente lo que él dice. Aspiramos, en fin, a crear al hombre que puede estudiar y juzgar, que puede cultivar su propio pensamiento.

Por medio de un incesante preguntar y preguntarnos vamos todos juntos -- estudiantes y profesores -- a examinar críticamente las respuestas que se nos ocurren, las respuestas que nos legara el pasado, las respuestas que nos ofrece la sociedad. Así iremos aprendiendo que no podemos aceptar nada que no pueda justificarse y vamos a aprender también que cada respuesta alcanzada, o sea, cada contestación que ha logrado resistir el análisis crítico cuidadoso es sólo un punto de partida hacia el planteamiento de nuevas interrogantes, de nuevos problemas.

Uno de los recursos más importantes que más utilizamos en Humanidades es la lectura, estudio y discusión de grandes obras. En este curso ustedes leerán, estudiarán y discutirán grandes obras como la Ilíada, de Homero, Las Bacantes de Eurípides, La Divina Comedia de Dante y el Fausto de Goethe. ¿Por qué es necesario conocer bien esas obras? Aparte de que constituyen modelos ejemplares de creación poética, porque en ellas varios de los espíritus más lúcidos del pasado plantean problemas fundamentales que han inquietado al hombre desde siempre, problemas como la relación del hombre con lo divino, el vínculo entre hombre y

naturaleza, los nexos entre el hombre y la sociedad. Estos son sólo algunos de los problemas que surgen en comunicación con esas grandes obras. Pero no son ciertamente los únicos. El doctor José Echevarría, antiguo Decano de esta Facultad, ha dicho que toda gran obra, es, ella misma un gran problema. Entiendo esto en el sentido de que una gran obra, es, en su totalidad, algo así como un misterio al cual podemos ir develando por sucesivas aproximaciones sin que logremos jamás agotar su núcleo central. Al contacto con estas grandes obras, al cultivo continuo de las mismas en el estudio, iremos descubriendo ciertos problemas importantes e iremos aprendiendo a hacernos preguntas sobre aquéllas. Yo diría que cada gran obra es una manera que tiene cierto hombre-- el autor - de enfrentarse con los problemas que más poderosamente han ocupado su atención, con aquello que le preocupa como cuestión de vida o muerte.

Y el estudio de las grandes obras me hace recordar que no siempre las Humanidades fueron lo que son hoy -- o que hoy no son exactamente lo que fueron ayer --, aunque, naturalmente, exista una solución de continuidad.

Las humanidades como disciplinas de estudio y cultivo pueden trazar sus orígenes al mundo grecorromano, aunque podrían señalarse signos precursores en la Alejandría del período helenístico y hasta en la Atenas de Pericles. Desde luego, no me propongo aquí hacer la historia de estas disciplinas. Sólo señalaré algunos aspectos de especial interés.

Barrow, en Los romanos, nos informa que la palabra latina humanitas, en tiempos de Cicerón, significa "por una parte el sentido de dignidad de la personalidad propia, peculiarísima y que debe desarrollarse hasta el máximo. Por otra, significa el reconocimiento de la personalidad de los demás y de su derecho a cultivarla, y este reconocimiento implica transigencia, dominio de sí, simpatía y consideración." (México, Fondo, de Cultura Económica, 1960, 3a. ed., págs. 14-15). Llamo la atención de ustedes sobre estas palabras de Barrow porque guardan en su seno varios de los sentidos esenciales de las humanidades,

vivamente perennes. Apuntan hacia el hecho de que las humanidades no son meras disciplinas académicas, sino prácticas de la vida misma del individuo, ligadas al sentimiento de su dignidad y al imperativo del desarrollo de la personalidad propia; que hay en ellas implícitas una valoración del sujeto humano, tanto del propio como del otro y hasta una ética de respeto y tolerancia.

El concepto latino de humanitas no ha perdido validez con los siglos. A su luz no resulta extraño que fuera en Roma donde se iniciara la tradición occidental de estas disciplinas, pues fue allí donde la cultura clásica griega hizo surgir la idea y la práctica de imitar a los grandes modelos. La Grecia clásica proyectó a Roma la imagen de una ejemplaridad cultural, de un ideal de perfección expresiva logrado en las grandes obras poéticas, en las artes plásticas, en la filosofía, en la historia y en la ciencia. Roma no poseía una tradición cultural tan rica. Nada tiene, pues de raro que entre sus hijos más ilustres surgiera la idea de imitar, pero de imitar en el mejor sentido de la palabra, a los grandes creadores griegos.

Con el tiempo, esta concepción de las humanidades como imitación de modelos, fue acortándose, quedando restringido al campo de la poesía. A su vez, los grandes escritores romanos -- pensemos en Cicerón, en Virgilio, en Tito Livio -- llegaron también a cumplir una función de ejemplaridad, como sucedió, por ejemplo, en el Renacimiento.

Manuel García Morente, en un magnífico ensayo, que a todos recomiendo, declara que hace tres siglos "las Humanidades" representaban el conjunto de las letras humanas, como opuestas o diferentes de las letras divinas: "La educación de la juventud tenía entonces dos caminos paralelos, el estudio de las letras divinas y el estudio de las letras humanas. El de éstas condensábase fundamentalmente en las lenguas y literaturas de Grecia y Roma."

("El cultivo de las Humanidades", en Antología de Lecturas, curso Básico de Humanidades, Río Piedras, Editorial Universitaria, 1950, pág. 5). Pero esta

visión estrecha fue ampliándose sucesivamente. Cuando se habla de "Humanidades modernas", se dice "que a las humanidades antiguas puede muy bien añadirse el estudio de lenguas y literaturas contemporáneas". [Op cit., pág. 8]. Naturalmente, no es ésta la ocasión propicia para entrar en un debate a fondo sobre cuál es el contenido y cuáles son los límites propios del concepto de humanidades en el siglo veinte. Es un problema que queda en franquía y que sería más adecuado discutirlo al final del curso de humanidades (segundo año). Baste señalar por el momento que precisamente en el siglo veinte las Humanidades como disciplinas se interrogan sobre su posibilidad, sus fundamentos y sus límites.

Hay otro punto sobre el cual quisiera llamar la atención de ustedes. Al comenzar su segundo año de estudios universitarios, ustedes se orientarán hacia los campos de su preferencia, de su vocación. Unos querrán ser médicos, otros maestros, y, así sucesivamente. Es decir que con cada año de estudios que pase, notarán ustedes que se van especializando más y más. Y este proceso de especialización progresiva no tiene por qué detenerse cuando ustedes se gradúen con el bachillerato. Todavía es posible especializarse más y más en los cursos avanzados. Observarán ustedes, también que especializarse significa restringir cada vez más el campo de estudio, de modo que como alguien ha dicho, implica saber uno cada día más y más de menos y menos. Lejos de mí, combatir las especializaciones, pues son muy necesarias para la sociedad. Necesitamos especialistas en enfermedades del corazón, especialistas en derecho penal y especialistas en construcción de carreteras, para dar sólo tres ejemplos. El mundo de la técnica moderna, de la técnica científica, es un mundo de especialistas. Para bien o para mal, los especialistas están aquí y llegaron para quedarse. El problema, pues, no reside en la especialización, sino en lo que se llama el especialismo. Esta enfermedad social contemporánea consiste en que el especialista no ve nada más allá del campo propio de su especialidad, que sólo ve la parte o la parte de la parte que a él le interesa

y no ve la totalidad, el conjunto de las cosas. Esto es lo que suele llamarse la ceguera del especialista. Y como hombre que sólo ve la región estrecha de su especialidad, fácilmente incurre en el error de creer que eso es sólo lo que importa. Quien sufre la enfermedad del especialismo sufre de una hipertrofia valorativa de su especialidad y, por inferencia, desvaloriza todos los otros campos del saber. Otra consecuencia del especialismo es que el especialista suele ser un técnico, o sea, una persona que nunca se pregunta sobre los fines y sólo le preocupan los medios. Como puramente técnico, no le preocupa, le da lo mismo que una carretera sirva para fomentar la productividad de un país o que sirva para que un ejército extranjero invada más rápidamente ese mismo país. Lo mismo le da construir un avión que transporte pasajeros o que transporte bombas. Lo único que preocupa al especialista es que la carretera, el avión o lo que sea este bien construido.

Pero sucede, que con respecto a la totalidad de la ciencia, el especialista es relativamente un ignorante. Y lo es más con respecto a la totalidad del saber o de la cultura.

Cada día se ha ido haciendo más evidente la necesidad de poner coto a este estado de cosas. Y uno de los movimientos más importantes de la pedagogía contemporánea surgió precisamente para ese fin. Me refiero a la teoría de la educación general. Tanto en Europa como en los Estados Unidos, los educadores se fueron dando cuenta de que es necesario formar al estudiante en la conciencia de la interconexión entre los diversos campos del saber, en la visión del conjunto de la cultura, de manera, que cuando se gradúa de la Universidad, no emerja de ella como un especialista semi-ignorante y ensoberbecido. A esta idea responde la Facultad de Estudios Generales.

En esta Facultad, que es facultad de iniciación a la vida universitaria, ustedes seguirán un haz de cursos: ciencias físicas, ciencias biológicas, lenguas como el castellano y el inglés, ciencias sociales y humanidades. Probablemente inauguraremos pronto un curso de matemáticas o de lógica matemática. Todos estos cursos se hallan reunidos en una sola Facultad, porque se

entiende que son necesarios a esa formación inicial del estudiante universitario. La Universidad considera imprescindible que ustedes sigan estos cursos.

Deseamos que cada uno de ustedes, antes de pasar a sus respectivas especializaciones, atraviesen esta experiencia de seguir, más o menos simultáneamente, una serie de cursos en los cuales irán obteniendo una visión del conjunto del saber. Naturalmente, sabemos que tal aspiración nunca se logra a plenitud. Pero si conseguimos que ustedes lleguen a hacerse conscientes del hecho de que las diversas regiones del saber y la cultura no constituyen zonas aisladas entre sí; si conseguimos que ustedes se sensibilicen a los problemas, no sólo característicos de cada campo del saber, sino a aquéllos que son comunes a dos o más campos y aún a todos; si logramos que ustedes se compenetren de las relaciones existentes entre las diversas áreas de la cultura, habremos adelantado bastante hacia la realización de los ideales de la Educación General. Ningún hombre puede llamarse propiamente culto si no posee la conciencia viva y alerta de que la cultura, como totalidad de creación humana, constituye una unidad. Esta unidad es riquísima de contenidos y muy variada de matices. Ninguno de sus elementos está completamente desconectado de los otros, aunque el nexo no sea inmediatamente visible. Sólo si conocemos el nexo, podremos comprender la función de la especialidad de cada uno en el conjunto.

En las discusiones en las clases, percibirán ustedes que hay ciertos problemas que aparecen y re-aparecen en el mismo curso. Estos son problemas importantes, a los que, sin duda alguna, ustedes y el profesor dedicarán mucha atención. Pero observarán, además, que hay otros problemas que aparecen y re-aparecen, ya no sólo dentro del mismo curso, sino en otros cursos también. Para dar un ejemplo: tanto en las ciencias físicas como en las biológicas, la función del observador es muy importante. El problema es averiguar cuál es propiamente esa función, cuáles son sus límites, cuál es su papel en cada una de las ciencias.

La función del observador es también muy importante en las ciencias sociales. Pues bien, ese observador no es otro que el sujeto humano: el hombre. El hombre es un tema central en las Humanidades: es probablemente, el tema central. Ese hombre es en las humanidades no sólo el observador, sino también el creador, el crítico, etc. Es quien ha hecho el mundo de la ciencia, quien ha hecho el mundo del lenguaje, el mundo del arte, para mencionar sólo tres. El hombre como observador comunica su observación a través de la lengua. Pero ésta le sirve no sólo para comunicarse, sino también para expresarse. Y le sirve también como instrumento para reflexionar sobre el lenguaje mismo. De modo, que el hombre, ser articulado, al observar los fenómenos de la lengua, crea la lingüística que conduce directamente al estudio del lenguaje, en el caso de nosotros, al estudio de la lengua castellana y de la lengua inglesa. Este ejemplo nos sirve para darnos cuenta de cómo los cursos de la Facultad de Estudios Generales se integran no sólo en términos de una visión abarcadora del saber de ciertos problemas que laten en el fondo de todos.

Las humanidades contribuyen también a este empeño en la medida en que nos ponen en contacto con la totalidad de la cultura, como hazaña del hombre y a través de las grandes obras, con los mundos del arte, la filosofía, la historia y la poesía. En la medida en que nuestros cursos plantean la problemática del hombre mismo, como ser que se auto-crea y crea la ciencia, la filosofía, el arte, en fin, todo lo que pueda llamarse cultura y civilización. En la medida también en que nos llama la atención sobre lo más importante, que es el hombre mismo, su situación existencial, su aventura histórica, su esfuerzo creador, el curso de Humanidades contribuye a corregir la visión estrecha y mezquina del especialista y a combatir los males del especialismo en el mundo actual.

Antes de despedirme, quisiera poner énfasis sobre dos cuestiones prácticas (y teóricas), muy importantes.

La primera es la siguiente: el curso de Humanidades, aunque para efectos del Registrador aparece como dos cursos --1-2 y 101-102-- es en realidad un solo curso, que se desarrolla en dos años seguidos. Es un curso de dos años que posee una unidad de actitud problemática, de visión comprensiva de las creaciones humanas y de propósitos, todo lo cual asegura su continuidad y despliegue en el tiempo. Constituye por lo tanto un error, por ejemplo, seguir el primer año y luego dejar pasar varios años para seguir Humanidades 101-102. Con ello se pierde el sentido de la continuidad y se aminora el efecto formativo del curso. De ahí que les aconseje que sigan con gran fidelidad el curso este año y lo continúen el año que viene. Si así lo hacen, podrán aprovecharlo mucho mejor que aquellos que se saltan uno o dos años de por medio.

La segunda cuestión, se refiere a la necesidad de asistir a estas conferencias. Algunos estudiantes, con el tiempo, se vuelven laxos, y van dejando de asistir hasta que, al fin, en absoluto vienen. Grave error. Grave no sólo porque en los exámenes parciales y en el examen final aparecerán preguntas sobre las conferencias, sino, lo que es más importante, porque las conferencias cumplen funciones que la clase de discusión no cumple. Las clases son para discutir las lecturas y lo que se ha dicho en las conferencias. Estas son para dar guías de información al estudiante, de modo que éste pueda buscar más información, se pueda orientar en sus lecturas y pueda plantear ciertos problemas en clase. Las conferencias además, presentan problemas que no es posible discutir aquí, en el Anfiteatro, pero sí pueden ser discutidos en el salón de clase. Esto implica, entre otras cosas, que la labor que se realiza en las conferencias deberá repercutir--y les aseguro que va a repercutir --en el salón. Las conferencias son tan parte del curso como la discusión en el salón. Dejar de asistir a ellas es dejar de cumplir

con un requisito. No me cabe duda de que el estudiante que venga a las conferencias estará mucho mejor preparado que el que no venga.

Para terminar, quiero llamarles la atención al hecho de que todo lo que acabo de decir se halla ligado a este Puerto Rico de hoy, en que ustedes y yo vivimos. Solemos enorgullecernos los puertorriqueños en la actualidad, de ciertas realizaciones, casi siempre de índole material. No me voy a poner a discutir aquí si esos logros lo son en realidad o no. Suponiendo que lo sean, no menos verdad es que este Puerto Rico en que les ha tocado a ustedes desarrollarse como hombres y mujeres, se halla erizado de problemas, algunos de los cuales francamente soliviantan la angustia. Tenemos la esperanza de que este curso de Humanidades, junto con los otros cursos de la Facultad de Estudios Generales, al brindarles a ustedes ciertas experiencias, contribuyan por la vía formativa del estudiante, a que los puertorriqueños puedan hacer frente a sus problemas y hallen la solución correcta.

Somos un pueblo cuya tonalidad cultural es mayormente hispánica. Hay una tradición del humanismo español que estos cursos nos deben ayudar a descubrir. Hay además la inmensa obra de España en América, obra que tiene raíces medievales y que obedece a impulsos del Renacimiento. Hay, para dar un ejemplo, la vastísima creación del arte barroco, que se extiende desde el sudoeste de lo que actualmente son hoy los Estados Unidos hasta la Argentina. Hay una riquísima literatura del barroco americano. Somos hombres del Nuevo Mundo. No solamente que en nosotros sobreviven rasgos de las culturas indígenas, de los indios, sino que América, definitivamente, no es Europa. Vivimos en otro espacio, y, por así decirlo, en otro tiempo, aunque, naturalmente, no dejemos de disfrutar cierta continuidad con el espacio y el tiempo europeo. Somos criollos. Y en Puerto Rico, como en tantos otros pueblos de América, no puede desconocerse la valiosa aportación de las culturas africanas. Constituímos pues una síntesis nueva.

Un tipo humano nuevo que responde a imperativos característicos. De estas realidades de pueblo nuevo en este Nuevo Mundo--guardando todas las distancias y todos los respetos a Europa--somos ustedes y yo, todos nosotros, carne y hueso.

Al fin y al cabo, el entendimiento de lo que ha sido llamado Civilización Occidental o la Cultura Europea es indispensable para entendernos a nosotros mismos. No podemos negar la herencia cultural europea y tenemos la obligación intelectual y moral de comprenderla. Pero sería un error detenernos en ella o convertirla en un fetiche para rendirle culto. Repito, somos hombres de América. También los indios que vivieron en estas tierras antes de que llegara el europeo crearon grandes culturas y civilizaciones. También los pueblos de América, frutos de la mezcla del blanco, el indio y el negro, han creado. Entre ellos, Puerto Rico tiene su propia cultura y sus propios valores. Como puertorriqueños, tenemos el deber de estudiar esa cultura y descubrir y realizar esos valores. Los cursos de Humanidades y los otros cursos universitarios deben ser las vías que nos conduzcan al descubrimiento de nuestros ideales y valores de pueblo. Deben enseñarnos el amor a Puerto Rico y a nuestros valores.

Los problemas de ustedes son los problemas del Puerto Rico de hoy. Estos cursos constituyen un período de preparación. En ellos ustedes irán forjándose los instrumentos para determinar cuáles son problemas verdaderos y cuáles son falsos problemas, para determinar el contenido de cada problema y sus justos límites, para proponer posibles soluciones y someter cada solución propuesta a riguroso análisis. Aspiramos a que ustedes salgan de aquí, de la Facultad y de la Universidad, en condiciones para hacer frente a los problemas de nuestro país, con honradez, con valentía, con imaginación y con sentido de responsabilidad.

Y ya no me resta qué decirles sino; ¡hasta la vista! ¡Buena suerte!
¡A estudiar y a aprender! A estudiar y a aprender todos juntos, ustedes y nosotros.